

## **Creswick (Australia), 1970**

Tal vez fuera la inconsciente llamada de la sangre, la nostalgia del viejo emigrante o, simplemente, algún oscuro remordimiento de culpabilidad, el sentimiento que me obligó a volar miles de millas desde Canadá, abandonar mi cómodo trabajo y regresar a Creswick, el pueblo que me vio nacer y que mi memoria tan injustamente había relegado al más profundo rincón del olvido.

Y, para ello, me bastó con recibir la noticia. Apenas fue una escueta aséptica y fría comunicación legal, enviada por un desconocido abogado de Creswick llamado Skilton, informándome acerca de la muerte de mi tío Andy Rowland y los detalles de su herencia.

¡Pobre tío Andy...!, el loco tío Andy como siempre le había llamado mi madre con un deje de reproche y amargura. ¿Cuántos años habían pasado desde que la vida nos separara? ¿Treinta y cinco..., cuarenta...? Sí, eran más de cuarenta y después de tanto tiempo se había acordado de su único sobrino.

Pensé en un principio encargar la realización de los trámites legales a algún gestor de Melbourne, pero me fue imposible pues algo en mi interior, tal vez un profundo sentimiento de culpabilidad y reproche hacia mi comportamiento, me empujó a realizar personalmente las gestiones y de ese modo pedir póstumo perdón al hombre que tan vilmente había relegado al olvido. Sufría de opuestos sentimientos: temía, y a la vez anhelaba, que el viaje fuera un reencuentro con mi ya lejana infancia.

A mi llegada, antes incluso de instalarme en un hotel, quise realizar una visita al cementerio. Caminé el par de millas que lo separaba de la estación de autobuses y, al traspasar la cancela de entrada, pude observar que había cambiado mucho y ya no era aquel pequeño recinto recogido, austero, anárquico, quizá, y un tanto sombrío, pero entrañable, que yo recordara de mi niñez, cuando acompañaba a mi madre a depositar flores en las tumbas de sus padres. Ahora, su trazado cuidado y rectilíneo, con calles pavimentadas y bien señalizadas, denotaba la prosperidad de una población que había crecido en gentes e importancia. Y, como empujado por una mano invisible, quise pasear por la parte vieja, hasta el final, donde pude encontrar

el lugar del eterno reposo de mis abuelos. Me conmovió que, después de tantos años, las tumbas estuvieran tan bien cuidadas y sin una sola brizna de hierba.

Seguí caminando sin rumbo fijo, atravesando una tras otra las pequeñas calles, leyendo epitafios y nombres de gentes que ahora me resultaban extraños, hasta que, junto a una fachada, pude divisar la reciente tumba de mi tío Andy. Y, a pesar del tremendo calor matinal, sentí que un desagradable escalofrío me recorría el cuerpo entero cuando, inscrito sobre una sencilla piedra de granito, pude leer:

A. ROWLAND

Febrero 1894 – Agosto 1970

Fue un ANZAC

“Extraño epitafio -pensé-. La última extravagancia de mi pobre tío”.